

EL ARTE DE DURAR*

La paciencia, arte de vivir lo cotidiano, no es ni pasividad, ni apatía, ni falta de imaginación. Comprendida como magnanimidad, nos convierte a la esperanza y revela ser así una virtud cristiana.

Es casi trivial afirmar que la relación con el tiempo se ha modificado profundamente en muchos de nuestros contemporáneos. Al haberse vuelto muy sensibles al cambio, perciben mal la duración. No retienen más que el instante. Reducen toda actitud moral a la sinceridad, es decir a la adecuación de lo que expresan, en palabras o hechos, con el sentimiento que experimentan. Consideran hipocresía toda diferencia entre el acto que realizan y la resonancia interior que lo acompaña. "No te quiero más" significa para ellos: "En este momento ya no siento nada por ti". A partir de eso, ponen en duda, cuando no rechazan, todo compromiso durable. En esta casi-imposibilidad de admitir la duración, de integrarla en una perspectiva respecto de la cual muchos de nuestros compañeros creen haber perdido todo dominio personal, podemos señalar sin duda una de las fuentes de la crisis actual de la institución del matrimonio. "¿Cómo podría comprometerme hoy, con toda sinceridad, cuando no conozco lo que llegaré a ser —lo que el otro llegará a ser— dentro de diez años, dentro de treinta años, mañana?". De ese modo también se explica en parte la formidable crisis del compromiso en el ministerio presbital o en la vida religiosa que desde hace unos veinte años sacude a la comunidad católica y de la que sería aventurado pensar que de ahora en más se encuentra detrás de nosotros. Al privilegiar constantemente el instante en detrimento de la duración, nuestro contemporáneo ha dejado de creer en las virtudes de los medios tradicionales por los que el hombre se esforzaba en hacer más llevadero el porvenir. Toda regularidad se le hace pesada. Prefiere la espontaneidad, que es otro modo de reconocer la supremacía de la sinceri-

* De *Communio*, n° IX, 4° — julio-agosto 1984.

dad. El rito le resulta insoportable. Sólo retiene su carácter repetitivo que, considera, lo expone al peligro del formalismo. Ese peligro no es ilusorio, ciertamente, pero ¿de dónde viene el olvido de la significación pedagógica de esos actos repetidos, en idéntica forma, que no apuntan solamente a “expresar” o a celebrar, sino a “imprimir” en nosotros una relación con el tiempo percibido en su permanencia y no en sus alteraciones sucesivas, a suscitar en nosotros por costumbre una certeza laboriosa para enfrentar mejor la incertidumbre de lo que vendrá?

Así tiende a forjarse ante nuestros ojos una religión de entusiastas. Al no vivir la fe cristiana sino en el instante, con el único registro de la sinceridad, llegan a representársela naturalmente como un entusiasmo. Entendámonos bien: es indispensable que surjan momentos de entusiasmo en la existencia cristiana. Pensamos evidentemente en el entusiasmo de la conversión muy fresca. Ese entusiasmo primordial podrá reiterarse en el momento de los “tiempos fuertes” que jalonan la práctica eclesial: la comunión con el Cuerpo de Cristo, el perdón recibido y la curación esperada, determinada experiencia particularmente fuerte de la proximidad fraterna, la certeza de una “presencia” simultáneamente seca y agradable en el seno de la oración, los frutos inesperados de la misión recibida en el bautismo, el embeleso ante la coherencia de la Palabra... o muy simplemente ante una palabra de compasión. Pero lo propio del entusiasmo es no durar. En vano nos esforzaremos en aplazar sus límites. Así, habría momentos naturalmente muy raros en los que podríamos vivir nuestra fe y otros en los que no pasaría nada. La existencia cristiana conocería un desarrollo como de dientes de sierra, una sucesión de “stop and go”, una alternancia de períodos de entusiasmo y de largas playas de reflujo, de abatimiento, de morosidad, o, para emplear una palabra reciente, de “depresión”. En la extraordinaria novela de Buzzati, *Le désert des Tartares*, el santo y seña dentro del fuerte es, “milagro”, al que hay que responder “misericordia”. Así, la existencia cristiana vería sucederse, en un ciclo desolador, fases de recaídas, en las que cada uno retorna a la “misericordia” de una existencia que nada podría cambiar¹. Es claro que podemos bautizar apresuradamente de “desierto” a esas fases de desaliento para conferirles un valor espiritual. Sería olvidar que únicamente el Espíritu conduce al desierto en el que Dios nos va hablar. Nunca se ha prometido esperanza para los desiertos formados por nuestra torpeza o nuestra inclinación a hacer mal uso de la vida. Al no experimentar la fe más que con la modalidad del entusiasmo, estamos expuestos a desesperar.

Hoy es importante que el cristiano “se reconcilie con el porvenir”, para retomar una expresión de J. Moltmann. Debe volver a aprender o descubrir de nuevo el arte de durar. La duración, como cualquier otro elemento de la creación, está confiada a la inteligencia humana. ¿Nos angustiaría tanto

1. D. BUZZATI, *Le désert des Tartares*, Libro de bolsillo, p. 80.

el porvenir si conociéramos los medios, no de programarlo, lo que es propio de la panoplia de las ilusiones del cientificismo, sino de resistirlo? A través de acontecimientos siempre inesperados y a menudo contrarios, ¿hay que renunciar a mantener los compromisos que estructuran nuestra personalidad moral? Nuestro equilibrio está en juego. Nuestra esperanza está en juego.

El arte de la duración lleva un nombre: la paciencia.

LA PACIENCIA, ELOGIO DE LA FLEMA

La paciencia es un arte de vivir. "Por vuestra paciencia lograréis vuestra vida" (Lc 21,19). Habría que precisar: es un arte de vivir lo cotidiano. Representa una virtud de resistencia y nos mueve a mantenernos a pesar de los golpes de la adversidad.

"Nadie ignora, escribe Casiano, que paciencia proviene de padecer y de sostener"; nos hace quedarnos inmóviles, explica, cuando cae sobre nosotros la tempestad de la tentación; compara la paciencia con la casa fundada sobre roca, de la que habla el Evangelio, y no sobre arena².

San Agustín propone una definición más larga y que ha llegado a ser clásica en teología: "La paciencia del hombre... consiste en soportar los males con el corazón tranquilo, para no tener que perder, por falta de serenidad bienes que nos conducen a bienes mayores" (*De la-patience* II, 2)³.

Muy a menudo se hace de la paciencia la máscara de la apatía. Se atribuye esta "cualidad" a personas que, por falta de inteligencia o de imaginación, no saben qué hacer y se abstienen de toda decisión. La paciencia no tiene nada que ver con la resignación, a pesar de las apariencias. Representa por el contrario, un rostro de la firmeza. Por esta razón en la teología de las virtudes se la colocaba dependiendo de la fortaleza.

Debido a que a lo largo de la jornada se hace constantemente referencia a ella, muy pronto fue percibida como una cualidad principal del comportamiento cristiano. El más antiguo tratado de teología moral que conocemos es el *De patientia* de Tertuliano, compuesto hacia el año 200. El autor hace de la paciencia, no sin exageración, la virtud primordial que debe regir el conjunto de nuestro obrar. Los paganos hubieran visto en ella, asegura, la *summa virtus*. Es seguro que entre los estoicos cobró creciente importancia y que los primeros autores cristianos tuvieron tendencia a inte-

2. Casiano, *Conférences* (XVIII, 13). *Sources chrétiennes*, n° 64, Cerf, 1959.

3. San Agustín, *De la patience*, Bibliothèque augustinienne, 2, Desclée de Brouwer, París, 1937.

grar pura y simplemente en su propia reflexión, el análisis tan completo que habían descubierto dentro de esa tradición filosófica.

La condición humana está comprendida en el tiempo. La duración y no el instante, demasiado fugaz, representa el lugar natural y necesario de nuestro aprendizaje de la perfección humana y de la fidelidad cristiana. Hace falta tiempo para llegar a ser lo que Dios nos llama a ser. ¿Acaso necesitamos aclarar que ese esfuerzo desplegado en la duración constituye una de las pruebas más terribles con que nos encontramos? Cuando sobrevienen acontecimientos particularmente dramáticos, todo nuestro ser se recoge para hacerles frente. La urgencia nos impone movilizar la totalidad de nuestras energías. En los "golpes duros", como el duelo o la enfermedad, o ante peligros, más graves comenzando por la perspectiva de nuestra propia muerte, se suscita en nosotros una fuerza que, a veces, nos revela ante nosotros mismos y ante los demás. Pero esos acontecimientos están lejos de constituir la trama de nuestras existencias. Su carácter excepcional les confiere un brillo que, por contraste, sume al intervalo, es decir, en realidad, a la mayor parte de nuestra vida, en lo opaco. Sin embargo, en esos intervalos forjamos nuestro carácter, construimos nuestra personalidad moral, experimentamos la fidelidad cotidiana a las exigencias bautismales. La vida cristiana requiere un aprendizaje laborioso, cotidiano, a menudo oscuro.

"No todo el que me diga: 'Señor, Señor' (instante), entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial" (duración) (Mt 7,21). Y en otra parte el Evangelio, al proponernos el ejemplo de los dos hermanos, nos invita a elegir al primero como modelo: en el momento se niega a obedecer al Padre, pero termina por hacer la tarea que se le había pedido (Mt 21,28-32).

La conversión no es cuestión de un instante. Para ser eficaz, debe desplegarse a lo largo de toda la existencia. La paciencia no es más que la conversión en lo cotidiano.

Si retomamos aquí la definición que propone san Agustín, constatamos que la paciencia consta de tres elementos esenciales:

1. *Una motivación.* Está subterránea por la esperanza. Sólo porque estamos a la espera de los bienes futuros, aceptamos soportar los males que nos asaltan a lo largo de nuestra peregrinación terrestre. La promesa de Cristo da sentido a nuestros sufrimientos. He aquí por qué, explica una vez más san Agustín, no podríamos asignar objetivos irrisorios a la paciencia, bajo pena de descalificarla. Torturarse mutuamente como lo hacen los ladrones que se entrenan para no hablar bajo la presión del verdugo, no merece el nombre de paciencia, porque "la paciencia es la compañera de la sabiduría y no la esclava de la concupiscencia" (*De la patience*, V, 4). La paciencia nos asimila a los pobres, a los mansos, a los que lloran, señala Tertuliano; a los pa-

cientes, en efecto, se promete expresamente la bienaventuranza.

2. *Un estado de ánimo.* Implica una actitud psicológica que se caracteriza por la serenidad y la tranquilidad de corazón, en una palabra, la flema. No se puede vincularla a una idea cualquiera de sequedad de sentimientos o de amargura que no se atreve a expresarse. No se trata de "contenerse" cerrando los dientes, sino de mantener determinada cualidad anímica a pesar de las contrariedades. Hacer a veces "como si", cuando nada en nosotros parece adherirse a los actos que tenemos que realizar.

La paciencia es simultáneamente condición y manifestación del equilibrio personal y de la armonía interior. Más adelante volveremos sobre este punto. Esto explica que la teología ulterior haga de la paciencia la virtud de resistencia a la tristeza, experimentada bajo todas sus formas de dolor, de sufrimiento moral o, más simplemente, de acedia, de cansancio, y de esa especie de descorazonamiento que nos acecha cuando cada día y siempre de idéntica manera volvemos a comenzar nuestra profesión de hombres y de creyentes, acechados por los mismos lazos, quizás cediendo a las mismas sollicitaciones. La paciencia mantiene la esperanza cotidiana en la ausencia de todo cambio perceptible. "Es necesaria una virtud que conserve el bien de la razón contra la tristeza, para que la razón no sucumba a ella. Tal es la función propia de la paciencia" (*Suma teológica* II^a II^{ae}, q. 136, a. 1).

3. *Un proyecto.* La paciencia, finalmente, nos enseña a dominar el porvenir, no por supuesto en su desarrollo, sino en la resonancia que esos acontecimientos despiertan en nosotros.

Siempre hay que mantener, por un tiempo indeterminado el esfuerzo general de conversión: consideramos ese esfuerzo con inquietud, en tanto nos sabemos débiles y expuestos. La paciencia hará dominar el temor que experimentamos ante la extensión que vislumbramos. Tomará entonces la forma de la perseverancia.

Más sutilmente, la perspectiva de esa extensión suscita en nosotros movimientos de huida. ¿Acaso tenemos que comenzar tan pronto? ¿No es mejor dejar para más tarde ese costoso paso de conversión? El peligro que nos acecha es el descorazonamiento, el temor de deber relajar nuestra tensión de esperanza. La paciencia que supera este nuevo temor se llama longanimidad.

Surge aún una nueva dificultad. Hemos atravesado con éxito una prueba y comenzamos a respirar. Cuando menos lo esperamos, nos llega un nuevo choque. Por ejemplo, habíamos aprendido a manejar determinada debilidad física o determinada falla de nuestra personalidad; pero he aquí que vuelve a surgir la duda acerca de la utilidad de los esfuerzos realizados y de los sacrificios consentidos. ¿Para qué tanta obstinación? ¿Qué sentido hay que dar a las mutilaciones que se nos han impuesto o a las que libremente hemos con-

sentido? Además, resulta que esa duda no es algo personal. Los que nos rodean y que deberían comprender, manifiestan a su vez su escepticismo. Nos topamos con la incomprensión y el sarcasmo. ¿No es un empeñamiento la fidelidad a las líneas de fuerza que habíamos querido imprimir en nuestra vida, o a los compromisos que ahora nos pesan? La paciencia no sólo debe vencer nuestros movimientos de defección interior, sino también los obstáculos que surgen del exterior. Se hace constancia.

Perseverancia, longanimidad, constancia: a través de esas diversas manifestaciones, la paciencia hace de nosotros hombres sólidos. Evita que nos lancemos en la carrera de los entusiasmos. Impide que nos comportemos como veletas que la moda, otra opinión, la seducción de la facilidad, orientan en un sentido y después en otro. Nos libera de la influencia del desconocimiento. Nos incita a la virilidad, y con ella, sin duda, el vocablo "virtud" recibe su significación más profunda.

Es el fundamento de toda confianza, tanto de la que teremos en nosotros mismos como de la que ponemos en nuestras empresas, y también de la que los demás nos otorgan. Caracteriza la actitud que consiste en imponerse a la vida para que la vida no se nos imponga a nosotros.

¿ES CRISTIANA LA PACIENCIA?

Quizás consideren este análisis demasiado humano. ¿En qué se distinguirá la paciencia cristiana de la paciencia estoica, por ejemplo, en que se inspiraban los Padres? La pregunta, muy antigua, recobró actualidad en los años 70 con motivo del largo debate que animó a la teología moral: ¿existe una ética específicamente cristiana? El propósito de estas líneas no quiere ser retomar todos los antecedentes del problema para discutirlos.

En un plano humano, absolutamente nada puede distinguir a la paciencia cristiana de la paciencia no cristiana. Si algunos Padres como Tertuliano, Lactancio, san Ambrosio o san Agustín y, más tarde, santo Tomás o incluso san Francisco de Sales conservaron la aproximación estoica de la paciencia para insertarla en una perspectiva cristiana, es porque estimaban que esa aproximación era correcta y satisfactoria. Decir, por ejemplo, que el análisis de un Tertuliano es más estoico que cristiano, como lo hace quien presenta una reciente edición de ese Padre, casi no es pertinente si nos limitamos al único campo de la reflexión moral⁴.

La paciencia cristiana no ofrece originalidad en su dimensión moral o psicológica. Debido a que traduce una permanencia del comportamiento

4. Tertuliano, *De la patience*, Sources, chrétiennes, n° 310, Cerf, 1984, p. 30.

humano, el análisis estoico sigue siendo, según nuestra opinión, perfectamente procedente aún hoy. El ejemplo presente de la paciencia nos permite subrayar una respuesta de más extenso alcance: lo específico de la ética cristiana no debe buscarse en los componentes "morales", todos prestados por otra parte, todos importados en tierra cristiana, sino en su dimensión "teológica".

Cuando Séneca se pregunta: ¿Cuál es el mejor consuelo en el sufrimiento y en la tribulación?, responde: "Que el hombre tome todo como si lo hubiera deseado y pedido". El cristiano es aquel que, en toda circunstancia, busca la voluntad del Padre, a imagen de Cristo, y se esfuerza por ponerla en práctica. A la pregunta planteada por Séneca, responderá: "Que el creyente tome todo como si Dios lo hubiera deseado y pedido".

Únicamente en ese paso de la voluntad personal a la voluntad de Dios se presenta la especificidad de la paciencia cristiana. Es verdad que ese desplazamiento es capital⁵. Pero en su consistencia humana, los actos de paciencia realizados por el creyente en nada difieren de los realizados por quienes no comparten su fe.

Recordemos que la moral en su totalidad es ante todo una imitación de Dios en sí mismo y en sus "costumbres". Entonces no nos extrañemos al constatar que los mismos autores que "aculturaron" el modelo estoico de la paciencia propongan al creyente imitar la paciencia de Dios. San Agustín hace notar que como Dios es impassible por naturaleza, no puede sufrir y en consecuencia, dar pruebas de paciencia. Sin embargo, a partir del momento en que interviene en el interior de la duración humana, se revela como fuente y modelo de toda paciencia. Podemos subrayar tres grandes "momentos" de manifestación de la paciencia divina:

— Con la creación, Dios abre el "tiempo de su propia paciencia" (Rm 3,26). Soporta los pecados de todas las naciones porque ama y quiere salvar a cada criatura humana, "... El que, desde el principio, derrama igualmente sobre justos e injustos el resplandor de la luz, que permite que se beneficien

5. La teología espiritual insistirá en la sumisión a la voluntad divina como primer acto de la paciencia humana. Los apotegmas de los Padres del Desierto nos cuentan cómo un monje se quejaba a otro de sus sufrimientos: "¿Quieres, hijo mío, respondió el segundo, que le pida a Dios que te libre de ellos?" "No, Padrecito, porque son saludables para mí, lo reconozco. Pide más bien a Dios que me conceda su gracia para que realice su voluntad y sufra de buen grado". Para el Maestro Eckhart, la paciencia caracteriza al cuarto grado del hombre interior. "El cuarto grado es cuando crece y se enraza cada vez más en el amor y en Dios, de manera que está dispuesto a aceptar todo lo que es contrariedad, tentación, adversidad y a soportar sufrir de buen grado, con deseo y alegría" (*De l'homme noble*, Seuil, 1971, p. 147).

con las estaciones, la domesticidad de los elementos, con los regalos de toda la creación, tanto los que lo merecen como los que no lo merecen" (Tertuliano, *op. cit.*, II, 2). El episodio bíblico de Jonás ilustra esta paciencia del Creador para con todos los pueblos.

—Dios se revela "*tardo a la cólera y rico en amor*" a Israel (*Sal* 103,8). Sabe cómo estamos hechos y perdona cada una de las infidelidades del pueblo que se ha elegido. La paciencia de Dios evoca la del padre frente al hijo desobediente o la del hombre que quiere "olvidar" el adulterio de su mujer. Toma entonces el rostro de la misericordia. Pero, que Israel no se engañe: esta paciencia no es señal de debilidad por parte de Dios, sino invitación a la conversión: "*Desgarrad vuestro corazón y no vuestros vestidos, volved al Señor, vuestro Dios, porque es clemente y compasivo, tardo a la cólera, rico en amor, y se ablanda ante la desgracia*" (*Jl* 2,13). Evidentemente es Job quien se convierte en la figura del paciente en el Antiguo Testamento.

— El modelo de la paciencia que Dios nos ofrece alcanza su perfección en la Encarnación. Podemos decir que la paciencia es el rasgo específico de Cristo. Habría que citar en su totalidad las magníficas frases con las que la evoca Tertuliano. Cristo es paciente en su enseñanza (por ejemplo, la parábola del hijo pródigo), en las relaciones que entabla con sus discípulos (por ejemplo, cuando los reprende porque se quieren vengar, en *Lc* 9,55), sobre todo en su Pasión.

— "Dios sufre, por nacer, pacientemente... No quebró la caña cascada, no extinguió la mecha humeante... Recibió a todo el que quería unirse a él, pero no despreció la mesa ni el techo de nadie... Cuando lo entregan, cuando lo conducen como una bestia al matadero..., a él, a quien legiones de ángeles venidos del cielo hubieran asistido con una palabra de su parte, si lo hubiera querido, él ni siquiera aprobó la espada vengadora de uno solo de sus discípulos... Nada digo de su crucifixión, había venido para eso: sin embargo, para enfrentar la muerte, ¿había necesidad también de insultos? Más, en el momento de marcharse, quería saciarse con el placer de la paciencia: le escupen encima, lo golpean, se burlan de él, lo visten de modo degradante, lo coronan de manera más degradante aún. ¡Admirable fe en la ecuanimidad! El que se había propuesto ocultarse bajo una figura humana, ¡nada imitó de la impaciencia humana! Por ese signo, más que por cualquier otro, fariseos, habrías debido reconocer al Señor: ¡ningún ser humano podía dar prueba de semejante paciencia!" (*op. cit.*, III, 2-10).

Tomando pues por modelo al mismo Cristo, o, antes de El, a los profetas (*St* 5,10) y, después de El, a los mártires, el creyente es invitado a "*tener paciencia hasta la Venida del Señor*" (*St* 5,7).

Esta imitación es imposible para la naturaleza humana herida. Pero el

Espíritu trabaja en nosotros y alrededor de nosotros edificando una nueva creación que culminará en el momento de la parusía. Por eso otorga paciencia, mansedumbre y dominio de sí (*Ga 5,22*) a quienes están revestidos de Cristo. San Agustín explicará que la paciencia no es el resultado de las solas fuerzas humanas de la voluntad, sino que proviene de aquel que difunde en nuestros corazones la caridad.

EN CADA PECADO, LA IMPACIENCIA

Curiosamente, cuando santo Tomás estudia la virtud de la paciencia, no aborda los vicios opuestos, contrariamente a su método habitual de exposición. Quizás porque la impaciencia no designa una actitud moral particular, sino más bien la fuente, el primer movimiento de todo pecado.

Cuando en el relato del *Génesis* la serpiente menciona ante Eva la perspectiva de "*ser como dioses*" (*Gn 3,5*), la mujer no manifiesta ningún asombro. Lo sabía. La creación a imagen de Dios no se debe interpretar de manera estática. Hay que mirarla también como la inauguración de un proceso de "divinización". Creado a imagen de Dios, el hombre sabe que llegará a ser semejante a Dios y que lo verá tal como El es (*1 Jn 3,2*). Así la tentación de la serpiente no se refiere al término, sino a los medios. Sin duda se ha favorecido exageradamente una lectura prometéica del relato bíblico: se ha hecho del "pecado original" un pecado de orgullo y de rebeldía. Eva quiere todo —llegar a ser Dios— y su aspiración se justifica porque está inscrita en la lógica de la creación. Mas ella quiere todo de inmediato; quiere obtenerlo por sus propios medios comiendo ella misma el fruto prohibido. Rechaza la duración; no quiere esperar el despliegue de la plenitud prometida en el tiempo; quiere alcanzarla en un instante.¹

Si, con varios teólogos contemporáneos, consideramos que la parábola del hijo pródigo es la lectura que Jesús proponía del pecado llamado "original", nos encontramos confortados en nuestras intuiciones. El más joven de los hijos reclama al padre "*la parte que le corresponde*", precisa el texto. El pecado no se refiere pues al hecho de pedir esa parte; el hijo tiene derecho a ella. Pero se niega a esperar. Le haría falta tiempo y por lo tanto paciencia, para aprender a administrar en lugar de disfrutar. Antes que recibirlo y unirse así al deseo de otro, quiere asegurarse por sí mismo su placer. Su lema podría ser el de los niños mimados: "Quiero todo y enseguida". Al partir para llevar una vida según su conveniencia, no puede más que disipar sus bienes. Al querer afirmar demasiado pronto su libertad, cae en la esclavitud de los demás: llegar a ser libre es también cuestión de paciencia.

En la raíz del pecado original, pero también de los pecados de toda clase puesto que el primero constituye su prototipo, su forma arquetípica,

encontramos la impaciencia.

Es raro que en nuestras faltas le echemos la culpa a Dios mismo. Sin duda somos frenos orgullosos de lo que han querido hacernos creer. Pero, sin que por eso busquemos romper nuestra amistad con el Padre, preferimos escoger nuestro camino y obtener por nosotros mismos lo que nos ha prometido.

La decisión por el pecado se refiere a los medios, casi nunca al término. En el pecado preferimos el instante a la duración.

LA PACIENCIA ACOMPAÑADA

No nos engañemos por la aparente modestia de la paciencia. Es una virtud fundamental, en el sentido literal de la palabra. Garantiza nuestro equilibrio. Asegura nuestra esperanza. Protege a todas las demás virtudes contra los desórdenes que provoca la impaciencia.

Sin embargo la amenazan a su vez dos peligros, pero desde adentro: la sequedad y la pasividad. Debido al esfuerzo de voluntad y a la tenacidad que supone, la paciencia puede presentárenos con rasgos duros, casi ásperos. A pesar de ello no es insensibilidad. Para que sea plenamente convincente, debe estar acompañada de mansedumbre.

Muy pronto estas dos cualidades morales se asociaron en la reflexión cristiana.

Ya Casiáno hablaba de "la inalterable mansedumbre de la paciencia" sin la cual nadie llega a salvaguardar la castidad del corazón⁶.

Santo Tomás explica así la articulación de las virtudes entre sí:

"La paciencia realiza una obra perfecta cuando se trata de soportar las pruebas. Estas dan origen, en primer lugar, a la tristeza, que está moderada por la paciencia; en segundo lugar, a la ira, moderada por la mansedumbre; en tercer lugar, al odio, que es suprimido por la caridad, y, finalmente, a un daño justo, condenado por la justicia" (II^a II^{ae}, q. 136 a. 2, *ad primum*).

En cuanto a san Francisco de Sales, le gustaba repetir en su sabroso francés que se atrapan más moscas con miel que con vinagre.

"Es mejor formar penitentes por medio de la mansedumbre, escribía, que hipócritas por medio de la severidad".

6. Casiáno, *Conférences*, XII, 6, *Sources chrétiennes*, n° 54, Cerf, 1958.

Después en una de sus cartas:

“Cuidaos de practicar bien la humilde mansedumbre que debéis a todos; porque es la virtud de las virtudes que Nuestro Señor tanto recomendó; si os ocurre contravenirla, no os turbéis, sino con toda confianza, volveos a poner a sus pies para caminar nuevamente en paz y mansedumbre como antes”.

La mansedumbre desarma a la violencia.

Por medio de la paciencia, soportamos los tropiezos de la existencia.

Pero en moral cristiana no podríamos interpretarla como pasividad, apatía, falta de audacia o de imaginación. No nos hace padecer la vida. Nos lleva a hacernos cargo de ella y a construirla. Nos invita a mirar a lo grande, a hacerla grande tomando siempre a Dios como modelo.

La verdadera paciencia concuerda mal con una fraseología de la humildad a la que no siempre supo resistir cierta literatura espiritual. Apela pues a este otro rostro de la humildad que es la magnanimidad. Quizás encontremos este vocablo fuera de moda. Sin embargo, lo que abarca no podría dejarnos indiferentes, porque evoca el ímpetu, el valor, la nobleza que nos inclina a obras de calidad y que exige una justa estima de lo que somos y de lo que podemos emprender. Por la magnanimidad, damos la plena medida de nosotros mismos. Moviliza todos nuestros recursos. Aleja esa inquietud que llevamos en lo más profundo de nosotros mismos: “¿Soy verdaderamente capaz de lograrlo?”. Hace desaparecer la obsesión del fracaso. Nos convierte a la esperanza.

*Traducción del francés por
María Graciela Sufé, osb – Monasterio Gaudium Mariae
Córdoba – Argentina*

*28, rue d'Auteuil
F- 75016 - París - Francia*

Jean-Louis BRUGUES, op